

El intelecto vs. la imaginación

Jorge Salvetti



Una imagen de Averroes que se alza en Córdoba España, de donde es oriundo el comentador árabe de Aristóteles.

Nada es más evidente que el hecho de que la naturaleza odia a la mente. Pensar es la cosa más insalubre del mundo y la gente muere de pensar así como muere de cualquier otra enfermedad", dice Oscar Wilde por boca de Vivian en La Decadencia del mentir. Este mismo nombre (Viviente) aparece siglos antes en el protagonista de una novela filosófica de Ibn Tufail que los estudiosos titularon El filósofo autodidacta.

En esta novela Hayy Ibn Yaqdhan (Viviente hijo del Despierto), hombre sin padres surgido por generación espontánea de la tierra, sin lenguaje, alcanza, en sucesivas etapas, la cabal comprensión del universo, y la mística unión con su principio rector. Sin lenguaje, mediante el solo vehículo de su imaginación.

Ibn Tufail, maestro de Averroes (1126.1198), fue quien lo impulsó a escribir los comentarios a la obra de Aristóteles que lo convertirían en el Comentador por excelencia y en una de las figuras más célebres y denostadas de la filosofía medieval de Occidente, cuyos escritos

impulsarían, por simpatía o aversión, un fuerte movimiento cultural, ligado tanto a la creación de las primeras universidades como al renacimiento de las ciencias y a la forma en que se piensa la subjetividad en Occidente. La mayoría de sus escritos originales fueron quemados por la reacción religiosa y su nombre desapareció casi por completo del mundo islámico. Sus obras llegaron al mundo latino a través de las innumerables versiones hebreas.

Tema central del averroísmo es la "unidad del intelecto humano", tal como aparece tratada especialmente en sus Comentarios al tratado de Aristóteles Acerca del alma o De Anima. En el libro III de esa obra, se plantea la delicada cuestión de la relación entre *psyché* y *noûs*, alma e intelecto, y allí Aristóteles habla de una forma activa del intelecto (*noûs poietikós*), y una pasiva (*noûs pathetikós*), aunque sin explicar exhaustivamente los términos de esta distinción. Una parte de la tradición exegética entendió esta distinción como una diferenciación entre dos intelectos: uno divino e inmortal, el otro permeable a otras afecciones del alma, más próximo a la materia.

Aunque la cuestión dio lugar a siglos de polémica y llevaron a que –como dice el medievalista italiano Emmanuele Coccia– "la naturaleza de la mente se convirtiera en una de las cuestiones más ampliamente discutidas en la Edad Media". Por ejemplo, si los intelectos fueran efectivamente dos ¿cuál es la relación entre el intelecto activo, que algunos autores concibieron único para todos los hombres y separado de los individuos, y el intelecto pasivo o material que poseen en potencia todos los seres humanos? ¿Y este último, es individual o también común a toda la humanidad? ¿Es una capacidad, una disposición del alma o algo externo a ella, una "emanación de la primera causa"? Pero, más allá de la exégesis, surgen también las preguntas más generales: ¿Cuál es la relación entre alma y pensamiento? ¿Cuál la línea que une y separa sensación e intelecto?

Pensar la imaginación

Ya Aristóteles había afirmado que "nunca piensa sin imagen el alma", y Averroes comenta que Aristóteles "entiende por intelecto pasivo el poder de la imaginación".

Esta cuestión en torno de la cual aún se teje la intrincada trama del sujeto de la razón y la ciencia, y de la conciencia, recibe un brillante tratamiento, tan actual como escolástico, en el libro de Emanuele Coccia *La trasparenza delle immagini* publicado por Adriana Hidalgo como *Filosofía de la imaginación - Averroes y el averroísmo*, y prologado por Giorgio Agamben.

El libro, un extenso comentario de comentarios, comienza con una revalorización de este género literario como ejercicio de la lengua en el que una escritura acabada, consagrada por la tradición y, por ende, incomprensible "parece reapropiarse de sus posibilidades poéticas: en él la poesía coincide con su transmisión y la tradición recupera todas las facultades poéticas".

Coccia y también Agamben recuerdan que Overbeck había afirmado que "En la esencia de todo canon yace en efecto la capacidad de volver incomprensible sus objetos." Este estadio, dice Coccia, "en el que un texto puede ser sólo recibido y no creado, leído pero no comprendido o comprendido sólo al margen del acto poético es para toda obra la espera en el purgatorio del día de la redención." El comentario, como aquella lectura que revivifica con su hálito la letra muerta, sería ese día de la resurrección. Coccia sostiene que "es a partir de la obra de Averroes que la filosofía adoptó, al radicalizar su movimiento, la técnica que hace posible toda teología y que en la tradición árabe había entrado a través de los tratados de exégesis greco-sirios al texto sagrado".

En los sucesivos capítulos, y tras el planteo de la cuestión (*quaestio*), género que el autor defiende como forma esencial del filosofar, en tanto búsqueda e interrogación – "el conjunto

heterogéneo de proposiciones afirmativas y negativas que solemos llamar 'ciencia', encuentra en realidad su unidad constitutiva en la interrogación que no deja de generarlas"—, el libro nos lleva por un abigarrado paisaje de luces y sombras (acompañados al pie de página por la grata presencia de textos de Averroes y numerosos averroístas que recrean el ambiente natural de estas elucubraciones), en el que va operándose, al vertiginoso ritmo de los silogismos, una revolución copernicana.

Psicoanalizar a Averroes

Las cuatrocientas páginas del libro van así horadando el solipsismo creado por la tradición ("la tradición es el ritmo que la muerte del sujeto impone al pensamiento") para desembocar en la iluminada afasia de la infancia, en el autismo extático del loco, en la gozosa perplejidad del estudiante que logra sumergirse en esa sustancia vívida y translúcida en que se proyectan sus imágenes. Occidente teme este estado autárquico y anárquico de Ittisál (continuidad, ligadura), en el que sujeto y objeto se confunden en la diáfana extensión del firmamento y queda en suspenso el ancestral divorcio entre cielo y tierra, entre phúsis y nóus. "El vínculo entre la vida y el conocimiento es el enigma que todo sujeto debe resolver: la educación y el estudio no son sino la confesión de la fisura" entre estos dos planos. "El averroísmo dará voz a esta fisura" y el "error de los averroístas" hará carne en nosotros el tácito saber de la esfinge: La mente no es una capacidad humana, es extraña a nosotros, un fenómeno externo, un lugar otro, al que accedemos a través de nuestra imaginación. Es aquella sustancia inmaterial y eterna, espejada en la faz lunar, que se alimenta de nuestras imágenes, transformándonos, por segundos, en seres universales y eternos. Las ideas no nos pertenecen, sólo proveemos la materia prima de nuestra fantasía terrenal.

El pensamiento sería así una forma política del sueño, una magia ortodoxa que nos hace responsables de nuestros actos pero no de nuestros deseos. "El 'yo pienso' deviene aquí lugar y experiencia de un éxtasis... la experiencia del pensamiento deviene para el hombre la experiencia de una pasividad"...

"Toda conciencia es la experiencia de un... cogitor (soy pensado) antes aun que de un cogito (pienso)".

Sentir la verdad del pensamiento equivaldría entonces a experimentar invertida la intraducible frase con que Freud resumía el psicoanálisis: "wo ich war, soll es weden" (donde yo era, debe insertarse).

¿La filosofía en el diván?

Este libro, en una apretada fusión de reflexión y poesía, abre la última puerta que queda por abrir a la filosofía, aquella por la que reemprender el camino del lógos al mito, de la palabra a la imagen, pero no para perder la razón, sino para compartirla, para dejar de tenerla como una posesión en constante litigio. Podría definirse la filosofía como aquel pensamiento que deja de pensar con imágenes para pasar a pensar con palabras. En este sentido, este libro, tan recomendable para filósofos como para psicoanalistas, traza en su estela la figura mítica de su nacimiento: el joven Zeus, tras copular con la antigua Sabiduría, temiendo ser derrocado por su progenie, se traga a su compañera. Pero ella ya estaba embarazada, y él no tiene más remedio que parir por la cabeza... a Atenea, la nueva diosa de la Sabiduría, divinidad industriosa y guerrera condenada, por su capital alumbramiento, a la estéril producción de una virginidad eterna. ¿Es que parir por la cabeza no es acaso tan absurdo como pensar con el útero? Creemos que este libro, en la compleja red de sus disquisiciones, nos ayuda a dejar de pensar con la cabeza, allí donde más esencial resulta pensar con el corazón, en el centro de la razón. Aunque la voz de Vivian ya nos advierte sobre la posible vanidad de esta empresa, al agregar que: "Afortunadamente, en Inglaterra el pensamiento no es contagioso".

Clarín, Buenos Aires, 10/11/2008, Clarín Cultural, online. Disponível em:
<<http://www.ee.clarin.com>> Acesso em: 10/11/2008.

A utilização deste artigo é exclusiva para fins educacionais